

II Domingo de Pascua de la Divina Misericordia (11-04-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, estamos en el Domingo de la Divina Misericordia, porque el Señor se acerca a sus discípulos, siendo que ellos habían huido en el último momento y habían sido personas dudosas, cobardes muchas veces, pero el Señor toma la iniciativa, igual, con amor gratuito, de corazón, acercándose a sus discípulos y ayudarlos a vivir lo que significa el amor gratuito de Dios. Es eso lo que ocasionó que la Iglesia se reuniera, no el esfuerzo de todos los cristianos por hacer como una especie de confederación o asociación, sino el escuchar desde su corazón profundamente el llamado del Señor que los convoca nuevamente. Y eso se da por medio del Espíritu Santo.

El Espíritu es el que nos guía hacia la verdad, y hoy día que es un domingo muy importante para todos nosotros como peruanos, es muy importante que nos dejemos inspirar por el Señor para tener la sensibilidad suficiente y, a la vez, la reflexión suficiente para hacer una decisión buena. Y todos hacerlo sinceramente, y evidentemente, como Iglesia, respetando la conciencia de cada uno y haciendo que cada uno pueda hacer, según sus posibilidades, según su entendimiento, lo que sea lo mejor posible y teniendo en cuenta siempre aquellos criterios o principios que nuestra fe nos dice que son, básicamente, el culto de todo lo que sea vida, todas las vidas y el culto de la justicia y la paz para los pueblos, el bienestar y el bien común de todos.

Hoy día, el Señor se aparece en medio del miedo de sus discípulos, nosotros también tenemos miedos, tenemos incertidumbres y dudas. Y el Señor se coloca en medio, siempre ésta presencia del Señor, que, además, pensamos nosotros que está como alejado, sin embargo, está justamente en la herida, está allí donde estamos más débiles, más vulnerables, sobretodo que celebramos este Domingo de la Misericordia en medio de esta Pandemia que nos está azotando, y de todas las contrariedades y dificultades que se

ocasionan a consecuencia de ella, que desesperan muchas veces a las personas y que nos crea incertidumbre sobre nuestro futuro. No dudemos de que el Señor está en medio de nuestras heridas y nuestros miedos, y desde ese reconocimiento de los miedos, el poder intentar apreciar al Señor, acogerlo por medio del Espíritu.

Vemos cómo los discípulos eran un solo corazón y una solo alma, y eso los llevaba, justamente, a compartir. Es verdad que el texto está un poco idealizado sobre lo que sería la comunidad ideal, porque seguramente habrían riñas y dificultades, habrían tensiones. Pero el espíritu profundo es que vivían unidos, y eso es un llamado para todos los peruanos: vivir unidos y seguir unidos a pesar de nuestras contradicciones y nuestros problemas, y sobre, tratar de unirnos y no dividirnos más. Y por eso es que una de las tareas más importantes de la fe cristiana, de la Iglesia, es ayudar a la unidad, de tal manera que los distintos puntos de vista sean compatibles gracias a que hay una predisposición a dialogar y a ver qué hacer y qué es lo más adecuado y justo que necesitamos.

Y el Señor para eso, sopla sobre sus discípulos y también sobre toda la Iglesia y sobre todo los cristianos, para que recibamos el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo está ligado al perdón, miren que dice que sopló sobre ellos y les dice: “Reciban el Espíritu Santo y a quienes ustedes perdonen sus pecados les quedan perdonados, a quienes se los retengan les quedan retenidos”. No dice “a quienes no perdonen”, sino “a quienes retengan”; retener es una forma de educar, pero por un tiempo, de tal manera que así nosotros corregimos también. Son maneras que tenía la Iglesia y, a través de la inspiración del espíritu, para ayudar a que todos crezcamos en la fe.

Ustedes cuando un niño en la casa se porta mal o se escapa de la casa, lo ‘amarran’ por un tiempo a la pata de una mesa, pero no lo condenan para toda la vida a estar amarrado y a andar con su mesa por todas partes. La corrección es siempre temporal para ir logrando que crezcamos, y no es tampoco un martirio, digamos, destructivo. El martirio es el testimonio del amor de Dios, y por lo tanto, exige amarnos y hacer las cosas con sentido de amor verdadero, no de un castigo extenuante que finalmente destruye la

persona. Corregirnos y ayudarnos mutuamente como peruanos es lo que necesitamos en un momento difícil en que todos somos vulnerables y tenemos que contribuir a la mejora de nuestra situación, para ser un país lindo, que ya lo es, un país donde reímos, cantamos, nos alegramos. Pero todavía tenemos que convertir en alegría el conjunto de la organización de nuestro país, y eso requiere mucha imaginación, la contribución de todos, unidos, el poder dialogar y entendernos entre nosotros, y poder constituir una nación que se ama. Ésa es la visión cristiana de lo que deberíamos ser, pero la proponemos no la imponemos, tratamos de que todos podamos ir, poco a poco, comprendiendo este sentido profundo de la fe que aporta a la construcción de las naciones, de los pueblos, y ahora la unidad de todo el mundo que está muy dividido.

Y finalmente hagamos una reflexión sobre Tomás, porque Tomás no estaba y como habían visto al Señor y se alegraron, él quería también alegrarse, pero le costaba creer. Nosotros también somos de los que no estuvimos ahí, y somos llamados entonces a aprender a creer de otra manera. Es interesante que el Señor inclusive a quien está lejos, lo invita misericordiosamente a tocar sus heridas, a entrar en la dinámica interna, porque sin eso no hay fe, la dinámica interna de su entrega generosa, esas heridas son heridas de amor. El Papa decía a los muchachos estos días: cuando subió Jesús al cielo y ascendió, llevó un regalo. Los chicos se quedaron sorprendidos. ¿Un regalo? Sí, sus heridas, sus heridas son su regalo. Tú me mandaste a amar, acá están los signos del amor.

Y ese regalo es el que también es para nosotros, allí está cómo hemos de actuar siempre en las situaciones, con el mismo amor con que actuó Jesús, dando nuestra vida y ofreciéndola a los demás, y por eso hoy día vamos a rezar también por nuestros hermanos difuntos, por nuestros hermanos enfermos, y sobre todo, por los que se han enfermado por ayudar a los demás. Y allí, entonces, una cosa fundamental en este domingo es aprender a creer, no sin ver, sino sin ver directamente la primera experiencia, pero sí las experiencias que se derivan del amor del Señor, como

son por ejemplo los mártires. Muchos de ustedes tienen una preferencia por alguno de los Santos que son testigos de la presencia de Dios, como Rosa de Lima, por ejemplo. Y además verlo en los Santos, como dice el Papa, en los Santos de la puerta de al lado, o sea, de los vecinos, de la abuelita que cuida a los niños, de las mamás que salen a trabajar y están exponiéndose contagio porque tienen que trabajar, de todos los canillitas que van vendiendo sus periódicos por aquí por allá a ver si les compran, de los lustrabotas, de las personas que están vendiendo su emoliente en la calle y necesitan poder compartirlo y no quieren contagiarse, por todos los que sufren. Nosotros tenemos que tocar y ver esas heridas también. “Bienaventurados los que creen sin haber visto” significa ‘sin haber visto la primera experiencia’, pero sí ven las otras experiencias de las heridas de la gente. Y uno de los problemas que tenemos más grandes es la insensibilidad ante la herida ajena, sobre todo en algunos sectores de nuestra sociedad, o en algunas actitudes que todos, siendo de una parte o de la otra de la sociedad, mantenemos como costumbre. La insensibilidad es algo terrible, la indiferencia nos destruye, y nosotros no podemos ser indiferentes al dolor humano.

Es duro, sobre todo en esta época, porque tenemos que estar un poco alejados, pero el alejamiento no significa indiferencia, al contrario, significa preocupación por no contagiar al otro.

Ayudémonos en este camino, y ahora que viene un periodo nuevo para nuestra historia, que ese periodo sea prometedor, y que con la contribución de la sensibilidad humana, mostrada por el Señor que nos dice: ‘Acércate Tomás y toca’, nosotros también podamos creer sin haber visto directamente, por el testimonio de los apóstoles, pero aprendiendo a ver con esos criterios, las heridas de Jesús en el mundo actual.

Que Dios los bendiga y que en esta jornada tomemos la decisión más oportuna y adecuada según nuestra conciencia. Y que nadie diga que ustedes, por hacer esa decisión, se merecen la excomunión o merecen el infierno, no es justo decir eso. Nosotros hacemos las decisiones de acuerdo a la voluntad de Dios, siempre inspirados, pero siempre en libertad. Y si la libertad no existe, no

hay manera de ser creyente, se tiene que ser libre para creer. Y, una vez que se es creyente, la fe inspira y alienta la libertad de la persona, luego, si uno se equivoca pide perdón y sigue adelante, para eso estamos. Es un Dios que siempre perdona y siempre acompaña, y así nos hace crecer poco a poco en la madurez y en la vida digna en la que estamos llamados a todos a crecer y vivir.